

8149

CABALLO

VERDE

PARA LA

POESIA

DIRECTOR: PABLO NERUDA

IMPRESORES: CONCHA MENDEZ Y

MANUEL ALTOLAGUIRRE. MADRID.

NUM. 4 - ENE. 1936



CABALLO

VERDE

PARA LA

POESIA

DIRECTOR: PABLO NERUDA

IMPRESORES: CONCHA MENDEZ Y

MANUEL ALTOLAGUIRRE. MADRID.

NUM. 4 - ENE. 1936



G . A . B .

(1836 - 1936)

...allí cae la lluvia
con un son eterno...

Esa mano de madre selva ardiendo inunda el crepúsculo con humo lleno de lluvia, con nieve llena de lluvia, con flores que la lluvia ha tocado.

¡Grande voz dulce, corazón herido!

¿Qué enredaderas desarrollas, qué palomas de luto celestial vuelan de tus cabellos ¿Qué abejas con rocío se establecen en tus últimas substancias?

¡Ángel de oro, ceniciento asfodelo!

Las viejas cortinas se han desangrado, el pulso de las arpas se ha detenido por largo tiempo oscuro. Los dolores del amor ponen ahora falanges de cólera y odio en el corazón. Pero las lágrimas no se han secado. Debajo de los nombres, debajo de los hechos corre un río de aguas de sal sangrienta.

¡Triste traje, campana con flores!

Y debajo de las cosas se levanta tu estatua de bordados caídos, lavada por tanta lluvia y tanta lágrima, tu estatua de fantasma con los ojos comidos por las aves del mar, tu estatua de jazmines borrados por el rayo.

¡Sol desdichado, señor de las lluvias!

CARTAS SIN CORREO

I

Como para nuestra correspondencia impersonal
no hay sellos ni buzones,
te escribo, amigo, en este folleto
destinado a dormir en algún rincón.
Quiero hablarte de mi memoria.
Unos dicen que es flaca, otros que nula.
Todos yerran. Es eliminativa.
De los animales que llevo vistos en mi existencia,
borro millares, me quedo con una docena;
de las flores que he visto, igual.
Y de los hombres, pueblos, costumbres,
pinturas, libros y leyes.
Hasta de la paleta o del arco iris elimino y guardo.
No quiero el índigo ni el naranja.
Recuerdo y uso el verde, el ocre, las tierras,
el blanco y el negro.
¿Paleta pobre? No. Reducida.
Manejada bien, da lo que se quiera.
Borrar, quemar, suprimir es forzoso.
No por demagogia, por ley natural.
Tú borras la vida de tus antepasados
aunque salves a alguno;
quemas el oxígeno de la sangre para vivir;
suprimes los detritus de tu casa:
muebles viejos, cosas rotas, mondaduras de cocina.
No me puedo acordar de la teta que me acercaron al nacer,
ni del primer tropezón que dí.
Fuí borrando, quemando, suprimiendo cosas
para no morir asfixiado por las vulgares.
Borré, quemé y suprimí rincones de amor,
caras besadas, espectáculos admirados,
plumas que usé, incluso las recetas que me salvaron de
la muerte.

Mi memoria no es flaca ni esquelética,
es, sencillamente, memoria.
Salón sin muros, con nada dentro tangible.
Un olor, una proporción, un acento, un grito.
Cosas de este jaez son sus objetos manejables.

II

Sobre la variedad del Parnaso
vale la pena detenerse.
Hay quien la considera nefasta.
Yo le aseguro que para bien del «botones»,
de la cocinera, el magistrado, el político,
la cendolilla y la dama de alcurnia
lo conveniente es un Parnaso abundante
donde elegir manzanas, tomates, piñas,
cebollas, pepinos, brevas, bellotas y calabazas.
Se comprende que no a toda hora
guste el hombre de comer piña.
Y a su vez tampoco es posible
que reduzca su paladar al pimiento.
Nuestro Parnaso actual es succulento.
Parece un «cap» de frutas y vino espumoso.
En él acusa sus sabores Juan Ramón,
Federico, Jorge, Antonio y Manuel,
Pedro, Manolo, Rafael, Luis,
y algún adjunto americano.
Te aseguro que es delicioso
paladear lo que tiene de piña este vate,
lo que tiene de naranja este otro,
y encontrar, en fin, de cada uno
lo albaricocado, almendrado, manzanesco,
perista, platánico y uval.
Es bobo quien se cierre a tanto sabor,
quien se excluya y se contente con una guinda.
Tú, buen amigo, tendrás en tu huerta poética
todos los frutales y todas las hortalizas.

Pero te recomiendo una cosa: no olvides
que no hay un buen «cap» sin fino champagna.

III

Te digo que desde Petrarca,
primer oteador y catador del paisaje,
se cantó mucho, pero nada
de las carreteras en noche oscura.
Y, hoy por hoy, lo mejor de un paisaje
son las pistas recién acabadas.
Si es de día, porque deslumbran
como los antiguos caminos blancos,
y porque su tersura, su comba y perfiles
acusen el progresivo arco del hombre.
Si es de noche, porque en sus elementos
-mojones numerados, señales metálicos,
parapetos de alambre pintado, árboles con mandiles-,
ponen los faros su luz espectral,
originando un escenario de ensueño.
Te aseguro que cantarían
las carreteras en noche oscura
si mi profesión de archivero y la ocupación del pitillo
no me hubieran rebajado tanto de tono.
Voy a veces por un túnel de ramas
persiguiendo un verde pálido huidizo,
un disco de luz soñolienta
que cabecea o se ladea
cuando el coche salta o se hunde.
Este disco, menos que lunar, de los faros,
llega a un peralte y se me pierde
en el carbón del cielo nocturno.
Escalo el puerto y desde arriba
columbro diez luces corredoras
como de diez insectos fosfóricos,
que se persiguen por el valle invisible,
o por la falda redonda del monte.

Abro con ahinco los ojos inutilmente.
En la noche no hay más que puntos;
en la lejanía terrestre
se repite el mapa estelar.
Vuelvo a mi túnel.
Los troncos bragados se apartan o se abaten.
Y allá se hunden atrás los cantones,
señales, parapetos y fajas
después de teñirse de luz amarilla verdosa.

JOSÉ MORENO VILLA.



S O N E T O S

EL TERROR Y EL CONFIDENTE

I

DESVELAR el oído oyendo nada,
mientras la sangre sin dormir resuena
muriendo de una duda que le llena
de interminable espanto la almohada.

¿Denunciarás si fueras torturada,
si en la noche del juicio y la condena
un raspado de vidrio, sal y arena
te mordiera la lengua interrogada?

¡Hermanos, qué terror si yo pronuncio
un sólo nombre ante las lentas cuñas
que enturbien mi razón y pulsos presos!

Ya el pensar solamente que os denuncio
me arranca los raigones de las uñas
y trastorna los quicios de los huesos.

II

¡NUNCA! No lo diré. Mas si lo digo
no culpeis a mi lengua, si al tormento
que irresponsabiliza el pensamiento
que descuaja al dolor el enemigo.

Si un silencio de muerte irá conmigo,
mudo en mi sangre hasta el fallecimiento,
no culpeis a mi voz, sí al rompimiento
de sus venas, sin cauces ya ni abrigo.

Ni al delirio que ignora lo que explica,
ni al secreto expropiado a la locura,
ni a la desvariada confidencia

la pena capital lo justifica.

¡No lo diré! Mas la mayor tortura
será siempre este estado de conciencia.

P E R R O R A B I O S O

I

MUERO porque las pulgas me inoculen
la sangre de los perros más rabiosos,
me vuelvan los colmillos venenosos
y el hombre que hay en mí me lo estrangulen.

Que ni el odio y la furia disimulen
cuanto de hirientes, graves, peligrosos
son mis serios arranques rencorosos,
sin puños que los frenen y regulen.

Epoca es de morder a dentelladas,
de hincar hundiendo enteras las encías,
contagiando mi rabia hasta en la Muerte.

Revolcándose, mira inoculadas
aullar las horas de los malos días,
por morderlas, ¡oh Tiempo!, y por morderte.

II

MORDIDO en el talón rueda el dinero,
y se retuerce ya en su sepultura,
con la Iglesia y el hambre, la locura
del juez, del militar y del banquero.

Mordida y por el mismo derrotero
va la familia, llaga que supura,
en una interminable calentura,
jugo de muladar y estercolero.

Huele a rabia, a saliva, a gente seca,
contaminando un humo corrompido
la luz que ya no alumbra, que defeca.

El cadáver del tiempo está podrido,
y sólo veo una espantable mueca,
una garganta rota, un pie mordido.

Rafael ALBERTI.

LA MUERTE VERDADERA

La muerte no es la rosa artificial,
ni el agobiado luto de esa muerte
incinerada, madre de los llantos.
Es algo más; es una edad del hombre.

Agua inicial en la primera lluvia
del mundo, en el primer amanecer
en que un hombre terreno abrió los ojos.
Ella era entonces una rama verde.

Río que une los tiempos y el espacio
cruza de eternidad a eternidad;
muerte de cuatro puntos cardinales,
de establecidas dimensiones
y estaciones perennes, transcurriendo.
También; revelación de un infinito
en nuestra miserable escasa vida.

¿Sabe el hombre esta muerte cuando llora
lágrimas de astearina en algún trance
de ataúdes y cirios de almacén?
¿Conoce esta esperanza ya sin fechas?
¿Tiene presente la espiral y el vuelo
de otros meses sin límites ni sombras?
¿Y percibe la voz que atiende el muerto,
para la cual cual sonrío humildemente
y llora días, para devolverlos?

La muerte es fresca como el aire.

GONZALEZ CARBALHO

PERO MUEREN LAS ALMAS

El alma
no es el leve reclinarse en los cuerpos
como la hoja amarilla
lentamente posada en un otoño.

El alma
no es el peso de una mirada amante
que oprime el corazón
hasta gozarla en suave llanto.

El alma
no es la rosa que se abre en nuestro pecho
anunciando el *presentido amor*
como un ingrave caminar a la alegría.

El alma
no es la vida para los que murieron,
ni el dolor que a su morir dejaron,
ni es eterno abandono de presencia.

El alma
no es el último reducto del cobarde
que no supo existir
y busca en el morir la vida.

Porque las almas mueren.

El alma
es el exacto presente de la ausencia,
es la perfecta luz de los ojos que anhelan,
es la incógnita esencia que hace vida la vida.

El alma
es lo que muere sin que mueran los cuerpos,
es la angustia más honda del placer,
es la cierta morada del sentimiento puro.



El alma
es la sorpresa de la luz en la oscura existencia,
es el lirio gigante que curva nuestro ser,
es el agua que a sí misma da perfume y frescor.

El alma
es la verdad que muere con el cuerpo,
es la luz que se acaba al morirse los ojos,
es del eterno yacer el fin primero.

El alma
no es el oro de una hoja posada en el otoño,
ni es la rosa que se abre en nuestro pecho;
el alma sola es más... pero mueren las almas.

EUGENIO MEDIANO FLORES.



C O S T A M O R T A L

I

Caen sobre su rostro los geranios.
Son de arena distante en sus sentidos.
La luz callada y tensa entre las manos.

Un río desolado, sumergido
en el eco desnudo de su pulso
y zorzales en llamas, fugitivos.

Aire ya cieno, de recuerdo agudo,
oliendo a estío yerto en la pradera,
a agua detenida por los juncos.

II

El hondo viento desangrado queda.
Desparrama en el sol de las achiras
horas de lava, carcomida huella.

Ramas del moho ya la sien orillan
en el polen desierto de sus poros
donde su carne para flor es isla.

Párpado inútil, peso de su rostro.
Mar no esquivan, ni bocas, las corrientes
arrojadas al valle de los ojos.

Sí. Roto galope que a su voz sostiene
al sur del árbol, con sed en las hojas,
en el ciego reposo de su semen.



III

Cuando el humo levante su congoja
en un aire de trigo y de caballos
y el trébol arda a luz de su custodia;

y su aliento se mire vulnerado,
caído en este campo de lagunas
en el amargo sitio de los cardos;

y los peces del llanto, en la nocturna
sal, le taladren de mares el cuerpo
ahora contenido en su llanura;

y ya sea despojo sin acentos,
paralela a sus vértebras la pampa,
sus potros impedidos por helechos;

y la centella muere a sus espaldas;
y se pierda el jazmín en la zozobra
de sus venas hundidas como anclas.

Y rocíos no vuelvan, ni la sombra,
cuando exista en espinas o en las algas
la soledad en trance de gaviotas;

la voz que le dictaban los rosales
vivirá su país hasta que sola
sobre los muros de la nieve sangre.

Miguel Angel Gómez.

S O N E T O

En un corsé de cálidas entrañas
duerme una estrella, pasionaria o rosa;
y allí, la casta Esther, la misteriosa
Cleopatra y otras cien reinas extrañas

de fieros gestos e indecibles mañas
anidan entre hiedra rumorosa.
Allí, hierve el rubí que no reposa,
pulsan sus arpas mélicas arañas.

Allí, en el cáliz de la noche humbría,
sus perlas vierte el ruiñeñor oscuro
Allí, sesteá el fiel león del día.

En su escondido sésamo seguro
custodia el grifo de la fantasía
de hirviente manantial el fuego puro.

Rosa Chacel.

(Del libro inédito «A la orilla de un pozo»)

PRESENCIA DEL SUR

Eres tú la que asomaba su rostro en el atardecer
detrás de la casona de mis abuelos de ojos azules
en los valles de la antiquísima Navarra;
tu muerte, rodeada de rocío y de tiempo como un arrecife,
tú la que desbordaste el leve corazón de mi madre.
Ahora te recuerdo como si me suavizara tu presencia,
ahora que la lluvia del Sur agita su cabellera de espumas,
ahora que el pie quiere hallar su molde de tierra definitiva.
Muerte, yo te evoco como a una gran marea,
subiendo todas mis playas, situando todas mis islas,
ahora que la juventud se va besándome por la vez última.
¿Dónde están los ojos de aquella de húmedo perfil?
¿Dónde sus cabellos mojados de abejas?
No puedes contestarme, tú que la adormeciste
en tu atmósfera claveteada de estrellas.
Pensamos siempre en el crepúsculo tuyo, compañera.
Pensamos en tu vestido negro constelado de oro,
en tus anillos de seda que chocan en el viento.
Pensamos en tu andar grave moviendo lentas ajorcas.
Pensamos en tu cintura lánguida, en tu frente infinita,
en ti, muerte, de cuerpo visible en las lágrimas.
Y sin embargo, ahora que los años trepan la colina del sueño
y amanece cerca de la ciudad de la vejez
con tumbas y pájaros y soledades, eres una canción
noble, como de hiedra en un blasón vetusto...
Ahora que el sol corrió su cortina de oro
y la tarde es el país de la tristeza,
acércame el amor, anticipame el perdido reino.
No importa que las canas aproximen el silencio;
no importa que los espejos sólo traduzcan un grito.

Muerte, te conocemos, y tu fragancia abre la puerta de
nuestro día,
cuando vamos a la ausencia, romeros de las montañas,
vagabundos que llevan los caminos en las rayas de la ma-
no, dueños del horóscopo y de sus tréboles fatales.
¡Ah, vestida de negro! ¡Ah, mi tranquila infanta!...

Angel Cruchaga Santa María.

Valdivia. Chile, Agosto de 1935.

R O M A N C E

Entre anoche y este día
hay una frontera vaga,
cual suspiro entre dos labios
que estrecho se dilatara.
Esta hora, este suspiro,
no retrocede ni avanza:
a mi derecha, a mi izquierda,
como si fueran dos alas,
se despliegan infinitas
sus eternidades pálidas.
Eternidades que están
atravesando mi alma,
que si no muere está herida
por la primer luz del alba.
Ya nada importa que el sol
calcine estepas sembradas,
o haga florecer destellos
en las llanuras del agua,
que mi vida se detuvo
en aquella madrugada,
espuma de luz y sombra,
momento que no se acaba.
Aquí lo tengo presente,
aquí reluce su raya,
barandal por donde miro
el abismo de la nada,
gris horizonte que borra
lo que yo más adoraba.
Quien murió vive entre brumas
en la niebla de mis lágrimas.

MANUEL ALTOLAGUIRRE.



80538560868

